

EL OCASO DEL SOL DE ESPAÑA

Por
Pierre CHILI



DON SANTOS Izquierdo, caballero español de la Real Orden de la Montesa y antiguo miembro del cabildo de Santiago de Chile, golpeó iracundo el piso con su bastón y díjole airado a don Alvaro de Avila:

—¿Lo oísteis? Cuando repudié en la asamblea el establecimiento de la Junta de Gobierno hoy constituida en la Sala del Consulado y rebatí a ese secretarillo Argomedo sus hipocritonas conveniencias de instaurar dicha Junta, el hijo de vuesa merced tuvo las osadías de ponerse de pie y exclamar contradiciéndome: "No sólo la Junta queremos; la independencia absoluta de España ansiamos".

—¡Réprobo! ¡Más que réprobo! Un renegado que desmiente su casta hidalga es ese hijo mío, don Santos. ¡Razón sobrada os asiste para manifestaros agraviado; pero podéis estar cierto de que sabré adoptar resoluciones extremas en su contra y a la altura de la magnitud de su desacato!

El caballero de la Montesa continuó marcando sus palabras con el taconeo violento de su bastón; su capa se agitaba como un negro y suelto velamen impulsado por huracanadas rachas.

¡Insolentes! ¡Sediciosos! ¡Conspiradores! ¡Osan tomarnos por necios! ¿Qué futuras y funestas miras persiguen con esa Junta ilegal e innecesaria? Tenemos al

Consejo de la Regencia en España con todos sus poderes reales mientras perdure el cautiverio de nuestro muy amado monarca...

—A quien Dios guarde —masculló reverente don Alvaro, inclinando levemente sus espaldas.

—¿A qué conduce entonces el constituir un gobierno nacional cuando debemos acatamiento al existente en Cádiz?

—Hólgame pensar como vuesa merced, don Santos. Fines evidentemente revolucionarios procuran los instauradores de esa Junta, a pesar de sus juramentos de obedecer las antiguas leyes de la monarquía y de conservar este reino a su Majestad don Fernando. ¿No sabéis de reuniones secretas habidas en las casas del conde de Quinta Alegre, de Agustín de Eyzaguirre y de Vicente Larraín? Aventuro que tal Junta es una hechura y consecuencia de esas reuniones sediciosas.

—Si así fuere —observó don Santos—, resultaría que el hijo de vuesa merced habría participado en tales conspiraciones; autorízame a suponerlo la opinión que ha sustentado y su amistad estrecha con los Larraínes y con ese Luis de Carrera, quien, bajo las apariencias de su trato afable, oculta ambiciones bastardas.

—Habré de reducir a mi hijo al respeto y obediencia a su rey y a sus mayores. ¡De lo contrario saldrá de mi casa!, dijo impetuoso don Alvaro de Avila.

—¡Y quedará nulo su compromiso matrimonial con mi hija, mi señor don Alvaro!

Una agraciada niña que permanecía silenciosa en un extremo de la sala, abandonó su bordado y salió cautelosa. Cruzó el patio y extenuada se dirigió a un balcón de trezados fierros que daba a la calle. Sus ojos se anegaron con un cristalino baño de lágrimas. Inconsciente y torturada, apenas se daba cuenta de lo que ocurría ante su vista: tropas que desfzban por la Cañadilla rodeadas por curiosos que las aclamaban; vivas y aplausos, alegría inusitada, músicas marciales.

—¡Viva el conde de la Conquista! ¡Viva el rey! ¡Viva Martínez de Rozas! ¡Viva la patria! ¡Viva Chile nuevo! ¡Viva la Junta de Gobierno! ¡Mueran los "escorpionistas"!

Un joven de buena presencia se encaminó al balcón en que Rosalía Izquierdo se encontraba. De guindas sazonadas se coloreó la hija del caballero de la Montesa al ver aproximarse a Juan Miguel de Avila, quien le retuvo complacido y venturoso la suave mano que la niña le extendió al saludarlo.

—¿Lágrimas? Hoy es día de regocijo, Rosalía.

—Para otros: pero no para mí, Juan Miguel. Tu padre y el mío claman en contra tuya, con peligro de nuestro matrimonio y de tu permanencia con los de tu familia. Ambos se han manifestado muy airados y sus decisiones me inquietan: o te desdices de ciertas palabras tuyas en la Asamblea o te arrojan de tu casa y se anula nuestro compromiso. Tal es el motivo de mis lágrimas. ¿Qué has hecho para incurrir en el enojo de ellos?

—¿Qué he hecho? Expresar con libertad mis opiniones, lo que para personas de juicio no perturbado por fanatismos monárquicos, lejos de constituir un daño es una garantía de confianza. Así como no agravio al rey ni a nadie queriéndote con la honradez de mis afectos, a nadie ofendo queriendo y ambicionando lo mejor para mi patria.

—Me temo que esto nos ocasione muchos males, Juan Miguel. ¡Desiste de tus ideas y sométete a tu padre!

Las lágrimas que abrillantaban sus ojos se desbordaron. El joven se impresionó y afectuoso le respondió:

—Mi deseo es que seas la esposa de un hombre, Rosalía, y no la un acomodaticio que por flaqueza de ánimos traiciona a su conciencia y se desdice pusilánime.

Un sirviente mulato llegó hasta Miguel.

—Mi amo llama a su merced.

—Te vieron llegar, dijo Rosalía con inquieto temor.

—¡Y me verán salir con dignidad!, expresó sin jactancia su prometido.

Se acercó más a Rosalía y con recelo so amor en los ojos la miró:

—Si todos me abandonaren, Rosalía; si me viere arrojado de mi propia casa y convertido en un vagabundo miserable ¿me abandonarás también?

Sometida a la imperiosa voluntad de su padre, tímida y sumisa, su contestación fue una nueva súplica.

Entró Juan Miguel a la sala en que ambos magnates lo recibieron adustos.

—Te he llamado para que me expliques la sin razón de tu oprobio en la Asamblea, lo increpó con dureza don Santos.

—No he tenido la intención de ofenderos, señor. Se trataba de una reunión pública a la que fuimos invitados para discutir la mejor forma de gobierno por adoptarse. Mis palabras no fueron contra vuesa merced sino que para todos los presentes. Siendo pública esta reunión, correspondía expresar públicamente las opiniones que cada cual sustentaba.

—Tiene vuesa merced, caballero, envidiable labia para excusar sus desmanes; pero no me satisface y os repito que carecéis de tino y de respeto para con vuestros mayores.

Intervino don Alvaro de Avila:

—Debes arrepentirte y desdecirte de tus palabras y señalar tu sumisión con un acto que te reconcilie con nosotros y con su Majestad, a quien Dios guarde.

Palideció el joven.

—Arrodílate y besa la mano de don Santos, a quien has ofendido, le ordenó su padre. ¿Me oyes?

—Señor, os debo veneración y humildad; pero os niego formalmente el derecho de afrentarme.

Don Alvaro alzó trastornado sus brazos en ademán de golpearlo.

—Podéis castigarme, señor; pero no lograréis mancillarme.

No era desafiante la actitud de Juan Miguel; pero si lo era resuelta. Con reposada voz le dijo a su padre:

—Olvidáis, señor, que ya no soy un niño y que he llegado a mi mayor edad y que por lo tanto, soy señor de mis actos y de mis opiniones sin sujeción a potestad extraña. El absolutismo que como padre mío me demostráis hasta el grado de intentar golpearme a pesar de mis años, se compara con el absolutismo imperante en España, con respecto a nuestro país, olvidando la monarquía, actualmente prisionera de Francia, que este pueblo nuestro ha alcanzado políticamente a su mayor edad y que, por consiguiente, cuenta con el suficiente discernimiento para otorgarse la forma de gobierno que más convenga a sus libres intereses nacionales y sin sometimiento a potestad extranjera alguna.

Desvió sus golpes don Alvaro y sus puños crispados cayeron resonantes sobre una mesa, la cual tambaleó vibrante.

—Herejías son esas las tuyas, contenidas en libracos nefandos y aprendidas de mulatos conspiradores y que habrán de conducirte, si no te refrenas, al cadalso. ¡Un descendiente de don Sancho de Avila, que conquistara para la monarquía española el reino de Portugal, pretendiendo la desmembración de uno de los dominios de nuestro monarca! ¡Eres un traidor al país de tu padre!

Intervino don Santos, preguntándole al joven:

—¿Y qué pretendéis finalmente?

—¡La independencia absoluta de mi patria!

Don Alvaro, perdido por completo su control, tremoló en su furor ante la inflexible resistencia de su hijo y con exaltación colérica que no admitía réplicas, le señaló a Juan Miguel la puerta.

—¡Vete! ¡Vete! Márchate a conquistar como un malhechor esa independencia. ¡Dejaste de ser mi hijo! No quiero ni tu recuerdo en mi casa. ¡Vete! ¡Márchate al instante!

Al hablar, empujaba violento a su hijo, quien no pudo reprimir su impresión ante este desastre, conociendo que la decisión de su padre era irrevocable.

—Muy bien, señor, expresó con voz alterada en la que se traslucía su desconsuelo.

—¡Y roto queda vuestro compromiso matrimonial!, finalizó friamente don Santos.

El joven volvió las espaldas para retirarse. Rosalía entró precipitada al darse cuenta de este desenlace y se arrodilló sollozante a los pies de su padre.

—Señor. ¡Mi tata querido! ¡No destrocen mi vida! Siempre he sido para vos una hija buena. No arrojen a Miguel de su casa. No deis por terminado nuestro compromiso.

—Resuelto está y no hay poder ni lágrimas que me aplaquen, insistió irreducible el caballero de la Montesa.

—¡Vete!, volvió a repetirle iracundo don Alvaro a su hijo.

Juan Miguel dio unos pasos para abandonar la sala. Rosalía se levantó con ímpetu y lo tomó de un brazo.

—Ya que estos sin corazones te lanzan a la calle... ¡Andate, ándate, Miguel! Yo estaré contigo en mis oraciones y con mi fidelidad constante y con mis súplicas a Dios por el triunfo de tu causa. ¡Vence, Miguel! Te aguardaré hasta que regreses triunfante.

El joven vagó desorientado por las calles. De luminarias se ornamentaban las casas en celebración de aquel 18 de septiembre de 1810. El pueblo proseguía con sus manifestaciones de entusiasmo. Pero estas alegrías ya no repercutían en él. Había perdido su hogar y su amor. Entró a una casucha en los arrabales y en ella se encontró con Luis Carrera, Manuel Rodríguez, Dorrego y otros que comentaban los sucesos del día y que discutían futuros planes revolucionarios. Juan Miguel se desplomó en su asiento.

—Termina, señores, la época de las frases. Se inicia la acción y el sacrificio. Disponed de mí. ¡Todo por mi patria!, dijo con firmeza y con temblor de emoción en sus palabras.

La primaveral noche comenzaba. Se obscurecía la sala en que se encontraban los dos magnates. Don Alvaro, agotado en su lucha nerviosa, tomó asiento. Lo imitó don Santos, Callaron.

En las sombras, no disimuló don Alvaro sus lágrimas, cierto de que su amigo,

el caballero de la Montesa, no se percataría de esta debilidad de su ánimo. Con cansada voz observó tras un largo mutismo:

—Ese mal hijo mío es lo que yo más amo en mi vida, mi señor don Santos. Difícil me será resignarme.

—¿Y que me decís de mi hija, mi señor don Alvaro? Siempre respetuosa, me ha sorprendido su actitud inesperada.

Volvieron a callarse. Y en la obscuri-

dad de esa noche, resonó profética la voz pausada de don Alvaro:

—No la Junta hoy habida, no las prédicas de bullangueros por estas calles, no mi dolor ni el de vuesa merced, sino que las rebeldías de estos hijos nuestros, antes amantes y sumisos y alma de nuestras almas, me están diciendo que un cambio grave se está operando en este pueblo y mucho me temo que, como en Flandes, se esté poniendo ya el sol de España en este reino apartado, mi señor don Santos.

